

El progreso del Peregrino (XXXIII)

Continuación

estaba casi dentro de los límites del cielo; en ese país también se renovó el pacto entre el Esposo y la Esposa, y como éstos se gozan entran en sí, así se goza con ellos el Dios del ellos; allí no faltaba trigo ni vino, porque había abundancia de lo que había buscado en toda su peregrinación. Allí también oían voces fuertes que salían de la ciudad y decían, "Decid a las hijas de Sión, he aquí viene tu Salvador, he aquí su recompensa con Él."

Allí, por último, los habitantes del país los llamaron "Pueblo santo, redimidos de Jehová, ciudad buscada..."

¡Dichosos ellos! Según iban caminando por ese país, tenían mucho más regocijo que en las partes más remotas del reino al que se dirigían, y cuanto más se acercaban a la ciudad, tanto más magnífica y perfecta era la vista que se les presentaba. Estaba edificada de perlas y piedras preciosas; sus calles estaban empedradas de oro; así que, a causa del brillo natural de la ciudad y del reflejo de los rayos del sol, se puso enfermo de deseos Cristiano. Esperanza sintió también uno o dos ataques de la misma enfermedad, por lo cual tuvieron que reclinarse allí un poco, exclamando en medio de su ansiedad: "Si hallareis a mi amado, hacedle saber cómo de amor estoy enfermo." (Cant 5:8). Más, fortalecidos un poco y hechos capaces de sobrellevar su enfermedad, prosiguieron su camino, acercándose cada vez más y más hacia donde había viñedos frondosos y deliciosísimos jardines, cuyas puertas daban sobre el camino. Encontraron al jardinero, y dirigiéndose a él, preguntaron ¿De quién son estos viñedos y jardines tan hermosos? Contestóles: —Son del Rey, y se han plantado para su deleite y para solaz de los peregrinos—. Y les hizo entrar en los viñedos; les mandó refrescarse con lo más regalado de sus frutos; les mostró también los paseos y cenadores donde el Rey se deleitaba, y, por último, los invitó a detenerse y a dormir allí, vi que mientras dormían hablaban más que en todo su viaje; y recapacitando yo sobre ello, me dijo el jardinero ¿Por qué recapacitas sobre esto? Es sobre la naturaleza del fruto de estas viñas entrar suavemente y hacer hablar los labios de los que duermen (Gé 7:9).

Cuando se despertaron se preparaban a acercarse a la ciudad; pero como he dicho, siendo ésta de oro fino (Ap 21:18), era tal el reflejo del sol sobre ella y tan sumamente glorioso, que no pudieron contemplarla con la faz descubierta sino por medio de su instrumento hecho para ello (2 Co 3:18). Y vi que, según iban andando, les encontraron dos hombres con vestiduras relucientes como el oro, y sus rostros brillaban como la luz, quienes les preguntaron de dónde venían, en dónde se habían hospedado, qué dificultades y peligros, y qué consuelos y placeres habían encontrado en el camino. Y satisfechas estas preguntas, les dijeron: sólo dos dificultades os restan, e inmediatamente entraréis en la ciudad.

Cristiano y su compañero pidieron luego a los hombres que les acompañasen. Estos contestaron que lo harían con gusto; pero que tenían ellos que alcanzarlo con su propia fe; y marcharon juntos hasta llegar a la vista de la puerta.

Ya allí, vi que entre ellos y la puerta había un río; pero no había ningún puente para poder pasarlo, y el río era muy profundo. A la vista de él, los peregrinos se asustaron mucho, pero los hombres que les acompañaban les dijeron: Habéis de pasarlo o no podréis llegar a la puerta.

—Pero, ¿no hay otro camino? preguntaron. Sí—les contestaron—; pero a sólo dos, a saber, Enoc y Elías, se les ha permitido pasar por él desde la fundación del mundo; ni a nadie más se permitirá hasta que suene la trompeta final—. Entonces empezaron los peregrinos, especialmente Cristiano, a desconsolarse en su corazón y mirar a uno y otro lado; pero ningún camino pudo hallar por el cual pudieran evitar el río. Preguntaron entonces a los hombres si el agua estaba en todas partes a la misma profundidad, y se les dijo que no, que el encontrarla más o menos profunda sería según su fe en el Rey del país, no pudiendo ellos ayudarles en tal caso.

Decidieron, pues, a entrar en el agua; mas apenas lo habían hecho, empezó Cristiano a sumergirse, exclamando a su buen amigo Esperanza: Me anego en las aguas profundas, todas son hondas y sus olas pasan sobre mí—. Esperanza contestó: —Ten buen ánimo, hermano; siento

Los músicos del Rey



1. Al acercarse los peregrinos a la puerta, una compañía del ejército celestial salió a recibirlos. Exclamaron: "Bienaventurados los que son llamados a las bodas del Cordero."



2. También salieron a encontrarlos algunos de los músicos del Rey, vestidos de ropa blanca y reluciente. Despertaban ecos en los cielos y saludaban a Cristiano y a Esperanza con diez mil bienvenidas. Ahora podían ver bien la ciudad y les parecía oír todas sus campanas repicar a vuelo para celebrar su llegada. Pero, sobre todo, los fervorosos pensamientos que tenían acerca de morar allí en semejante compañía les causaba mucho gozo.

El Fin del Peregrinaje



1. Cuando llegaron a la puerta, vieron escrito en letras de oro: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos. Ellos entran por las puertas de la ciudad." Los Resplandecientes les dijeron que llamasen a la puerta.



2. Cuando así lo hicieron, Enoc, Moisés, y Elías aparecieron por encima de la puerta. A ellos se les dijo: "Peregrinos de la Ciudad de Destrucción."



3. Entonces los peregrinos entregaron cada uno, el certificado que habían recibido al principio. Estos fueron llevados al Rey.



4. Cuando el Rey hubo leído los certificados preguntó: "¿Dónde están estos hombres?" Se le contestó: "Están fuera de la puerta." Entonces el Rey mandó que se abriese la puerta. "La nación justa que guarda la verdad," dijo, "puede entrar." Vi en mi sueño que al decirse esto Cristiano y Esperanza entraron por la puerta.

fondo y es bueno—. Entonces dijo Cristiano:— ¡Ah!, amigo mío, hanme rodeado los dolores de la muerte, y no veré la tierra que mana leche y miel—. Y en esto cayó sobre Cristiano una grande oscuridad y horror, de tal manera, que no podía ver lo que estaba delante. Perdió también sus sentidos en gran parte, de modo que no podía acordarse ni hablar cuerdamente de ninguno de los dulces refrigerios que había encontrado en su camino. Todas las palabras que pronunciaba daban a entender que tenía horror de corazón y temores de morir en ese río, y nunca tener entrada por la puerta de la ciudad celeste. Los circunstantes observaban también que tenía pensamientos muy molestos de los pecados que había cometido, tanto antes como después de hacerse peregrino. Se observó que estaba molesto, además, por las apariciones y fantasmas y espíritus malos, pues de vez en cuando lo indicaban sus palabras.

Mucho trabajo, pues, costaba a Esperanza conservar la cabeza de su hermano por encima del agua; algunas veces se le sumergía enteramente, después de lo cual salía casi medio muerto; trataba de consolarle, hablándole de la puerta y de los que en ella le estaban esperando; pero la respuesta de Cristiano era: Es a ti a quien esperan; has sido siempre Esperanza todo el tiempo que te he conocido; ¡ah!, de seguro que si yo fuera acepto a Él, ahora se levantaría para ayudarme; pero por mis pecados me ha traído al lazo y me ha abandonado en él. —Nunca— contestó Esperanza—; ¿has olvidado sin duda el texto en que dice de los malos: "No hay ataduras para su muerte; antes su fortaleza está entera; no están ellos en trabajo humano ni son azotados con los otros hombres?" (Sal 73:4-5). Esas aflicciones y molestias, por las cuales estás pasando en estas aguas, no son señal alguna de que Dios te haya abandonado, sino que son enviadas para probarte y ver si te acuerdas de lo que anteriormente has recibido de sus bondades, y vives de él en tus aflicciones.

Estas expresiones pusieron a Cristiano muy meditabundo, y por eso añadió Esperanza:— Confía, hermano mío; Jesucristo te hace sano—. Al oír esto Cristiano, prorrumpió en voz alta: —Sí, ya le veo y oigo que me dice: cuando pasares por las aguas yo seré contigo, y cuando por los ríos no te anegarán" (Is 43:2). Con estas pláticas se animaban mutuamente, y el enemigo nada podía con ellos, en términos que los dejaron, como si estuviera encadenado, hasta que hubieron pasado el río. La profundidad de éste iba disminuyendo; pronto encontraron ya terreno donde hacer pie, y acabaron su paso.

Qué consuelo tan grande experimentaron cuando a la orilla del río vieron de nuevo a los Resplandecientes, saludándolos, les decían: "Somos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación." Y así iban acercándose a la puerta.

Es muy de notar que la ciudad estaba colocada sobre una gran montaña; pero los peregrinos la subían con facilidad, porque los Resplandecientes les daban el brazo, y además habían dejado tras de sí en el río sus vestiduras mortales; habían entrado en él con ellas, pero salieron sin ellas; por eso subían con tanta agilidad y prisa, aunque los cimientos sobre los cuales está fundada la ciudad están más altos que las nubes. ¡Con cuánto placer pasaban las regiones de la atmósfera, hablando entre sí dulcemente, y consolados porque habían pasado con seguridad el río y tenían a su servicio tan gloriosos compañeros!

¡Qué agradable les era también la conversación que con Resplandecientes tenían!— Allí—les decían éstos— una gloria y hermosura inefables; allí está el monte Sión, Jerusalén celestial, la compañía de muchos millares de ángeles y los espíritus de los justos ya perfectos (He 12:22-24). Ya estáis cerca del Paraíso de Dios, en el cual veréis el árbol de vida y comeréis de su fruta inmarcesible. A la entrada recibiréis vestiduras blancas, y vuestro trato y conversación serán siempre con el Rey hasta todos los días de la eternidad (Ap 2:7; 3:5; 22:5). Allí no volveréis a ver ya más las cosas que veáis y sentiais en la región inferior de la tierra, es decir, dolor, enfermedad, aflicción y muerte, porque todo eso ha pasado ya. Vais a juntaros con Abraham, Isaac y Jacob y los profetas, hombres a quienes Dios ha librado del mal venidero, y que ahora descansan en sus lechos por haber andado en su justicia. Vais a recibir allí consuelo por todos vuestros trabajos, y gozo por toda vuestra tristeza; recogeréis lo que sembrasteis en el camino, a saber: el fruto de todas vuestras oraciones y lágrimas y sufrimientos por el Rey (Gá 6:7-8).

Continuará